

LeMAC 2011

“Cuéntales a todos lo que el Señor ha hecho contigo.” (Lc 8,39)

“Si conocieras del don de Dios...” (Jn 4, 10)
“El cristiano del futuro, o es un místico, es decir,
alguien que le ha pasado algo, o no será.”
(K. Rahner)

¿Qué vamos a ver en este tema?

Objetivos.

- 1.- Ya está aquí el regalo del Señor: nuestro aniversario.
- 2.- El encuentro con Jesús.
- 3.- “Queremos ver a Jesús.” (Jn 12, 21)
 - 3.1.- “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.”
(Mt 5, 8)
- 4.- “Venid y lo veréis.” (Jn 1, 39)
 - 4.1.- “Sal de tu tierra” (Gen 12, 1): El salto de la fe.
 - 4.2.- Creer para ver
- 5.- Sin el amor no se puede ver.
- 6.- “Permaneced unidos a mí.” (Jn 15, 4)
- 7.- “Cuéntales a todos lo que el Señor ha hecho contigo.” (Lc 8, 39)

¿Cómo dar el tema?

Este material es para darlo en tres meses, en el momento comunitario dedicado a lo que ofrece el movimiento.

Una sugerencia a la hora de darlo en la comunidad podría ser:

Los puntos 1 y 7 pueden darse en oraciones comunitarias.

Los puntos del 2 al 6, en los grupos o asambleas. Estos puntos también tienen material para la oración personal y comunitaria.

Se haga como se haga, lo importante es que el grupo pastoral busque cumplir los objetivos del tema de la mejor forma posible.

OBJETIVOS

- 1.- Fijar nuestra mirada en Jesús a través de la acción de gracias. Es un año de agradecimiento al Señor por “todo el bien que me ha hecho.” (Sal. 117, 12) (Punto 1 del tema)
- 2.- Es un año Cristocéntrico. Este tema quiere ayudar a fortalecer y reafirmar la posición de Cristo en el centro de nuestra vida y desplazar mi yo, lo mío, mis intereses de ese sitio. “El

debe ser cada vez más importante; yo, en cambio, menos.” (Jn 3, 30) En esto nuestra Madre, la virgen María, es el mejor modelo.

Que Cristo sea la máxima prioridad de mi vida, de mi matrimonio, de mi familia, de mi salón, de mi comunidad. Porque si Cristo no es lo primero nada puede funcionar.

Depende mucho del concepto que yo tenga de Cristo para que este año sea verdaderamente Cristocéntrico. Y el concepto que yo tenga de Cristo viene de mi relación con la Palabra de Dios, con los sacramentos, con el magisterio de la Iglesia y el que uno vive, especialmente, desde la relación personal con Él en la oración. “Toda nuestra vida depende de la realidad de nuestra intimidad con Jesús.” (En el corazón de las masas; Rene Voillaume; pág: 65) ¡Soy lo que mi relación con Cristo sea!

Este tema quiere ayudar a vivir más intensamente el encuentro con el Señor, a no cansarnos en la búsqueda de su rostro, a profundizar en la experiencia cristiana de Dios. A muchos le está costando ser fieles a la oración personal diaria. A muchos les cuesta vivir la eucaristía como la mejor oportunidad de encuentro con el Señor. Y así, poco a poco, sin darnos cuenta dejamos “enfriar el primer amor” (Ap. 2, 4).

Y así no se puede ser cristiano. De ahí la importancia de vivir correctamente este año Cristocéntrico. ¡Que Cristo sea conocido, amado, vivido, predicado y celebrado!

Esto es lo que queremos que nos pase:

“Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino que nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo.” (Jn 4, 42)

“Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene.” (1 Jn 4, 16)

“Sólo me atreveré a hablar de lo que Cristo ha realizado sirviéndose de mí.” (Rom 15, 18)

“Yo te aseguro que hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto.” (Jn 3, 11)

“Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos... Os escribimos estas cosas para que vuestra alegría sea completa.” (1 Jn 3.4)

(Puntos 2,3,4, 5 y 6 del tema)

3.- Que este tema nos ayude a una toma de conciencia mayor y más intensa del tiempo de Pascua. Gracias a Dios, y desde hace ya tiempo, en el movimiento hay una concienciación grande en los tiempos de Adviento y de Cuaresma: se organizan retiros, se dan temas específicos de estos tiempos litúrgicos, se preparan oraciones comunitarias, etc. Esto es muy positivo y no podemos bajar la guardia. Pero sin embargo, pasa la Semana Santa y cuando llega la Pascua, que es la madre de todos los tiempos litúrgicos, de todas las fiestas y de toda la vida cristiana, nos relajamos. Se vive como un tiempo ordinario.

Sin embargo, en Pascua, la Palabra de Dios y la Iglesia, nos dan referencias específicas para vivir este tiempo tan importante para la vida del creyente. Es cuestión de ir poco a poco descubriendo y aprendiendo el cómo vivirlo adecuadamente.

Este tema está muy centrado en la experiencia de Dios, en el encuentro con Cristo, una de las características de lo que se tiene que vivir con más intensidad en Pascua.

Que María Auxiliadora, madre del Señor y madre nuestra, nos ayude a vivir la Pascua desde la alegría de habernos encontrado con Jesús resucitado.

(Puntos 2,3,4, 5 y 6 del tema)

1.- Ya está aquí el regalo del Señor: nuestro aniversario.

*“Tomó de la mano a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como la había prometido a nuestros antepasados, a favor de Abrahán y de sus descendientes para siempre.”
(Lc 1, 54-55)*

El movimiento Mac es testigo de esto. La promesa del Señor se ha cumplido en nosotros. Desde hace 40 años, nuestro Señor Jesucristo, a través de la Iglesia y del movimiento, nos ha ido cogiendo de la mano y nos ha traído hasta aquí, hasta la celebración del aniversario de la fundación del Mac.

¿Qué nos proponemos con esta celebración? Queremos que este aniversario nos ayude a contemplar el paso del Señor por nuestras vidas, tanto a nivel personal como de movimiento. Se nos invita a releer nuestra vida desde la presencia de Dios en ella, para descubrir que siempre ha estado a nuestro lado. Y así, despertar la alegría de que Dios está tan cerca de nosotros.

Con ello queremos fortalecernos como testigos de lo que Cristo ha hecho y sigue haciendo en nosotros y a través de nosotros. Si recordamos los beneficios de Dios, es para agradecerlos y para sentir más viva la urgencia de difundirlos entre los hombres.

La celebración del 40 aniversario del MAC es la respuesta alegre, agradecida y limitada del movimiento a nuestro Señor Jesucristo, por tanto bien como nos hace.

De este modo queremos que la celebración sea toda una experiencia de fe, una experiencia de Dios.

Experiencia que nos haga sentir:

Pequeños ante tanto don recibido.
Sorprendidos por tanto bien regalado.
Desbordados por tanta generosidad por su parte
y tan poco merecimiento por el nuestro.
Alegres de contemplar al Dios que tenemos, tan bueno (Sal 34, 9).

Nuestra celebración es el anuncio alegre de que el Señor está siempre cerca de nosotros, ayudando, guiando, perdonando, corrigiendo, consolando, acompañando, seduciendo... En definitiva, cumpliendo su promesa: “Yo estoy con vosotros todos los días.” (Mt 28, 20)

Y este anuncio, esta celebración en pleno siglo XXI, con todo lo que está cayendo acerca del tema de Dios, la religión, los crucifijos, etc., no es poca cosa. El movimiento es testigo, y el cuarenta aniversario es una prueba de ello, de que Dios no es una idea, ni una doctrina, o algo que está ahí de adorno. Dios es persona con la que puedo tratar, dialogar y es cercano como tan sólo Él puede llegar a serlo.

Celebramos al Señor, le damos gracias. ¡Nos sobran los motivos! “La gracia de nuestro Señor se ha desbordado con la fe y el amor que me ha dado Cristo Jesús.” (1 Tim 1,14) “Viviré para contar las hazañas del Señor.” (Sal 118, 17)

Este es el motivo de celebrar el aniversario del Mac. Estamos contando sus hazañas.

“El que quiera presumir, que lo haga en el Señor.” (1 Cor 1, 31)

El cuarenta aniversario es la confirmación de que el Señor nos sostiene, nos cuida.

El poder celebrar este aniversario es ya de por sí un regalo de Dios. ¡Estamos de fiesta por culpa suya! “Por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos sentimos orgullosos.” (Rom 5,2) “Nuestra salvación está ahora más cerca de nosotros que cuando empezamos a creer.” (Rom 13,11)

Os invitamos a todos a contemplar nuestra historia de salvación personal y comunitaria. Os invitamos a reconocer y agradecer las huellas del Señor en nuestras vidas. Os invitamos a que pongamos nuestra mirada en Él (Sal 123, 2) y que señalemos hacia Él (Jn 1,36).

Que sea un año de acción de gracias. El ser agradecido a Dios es una actitud fundamental del creyente. Es reconocer la acción de Dios en tu vida. “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Cor 4,7) “El hombre solamente puede tener lo que Dios le haya dado.” (Jn 3, 27)

Dar gracias a Dios es reconocer lo que Él hace por ti, lo que te da cada día. Desde por la mañana hasta por la noche el Señor no deja de darse a nosotros. Pero nos hemos malacostumbrado a tanto regalo que ya ni lo reconocemos, ni lo agradecemos. Por poner un ejemplo: la comida. Que importante es tener la buena costumbre de bendecir la mesa, sobre todo si en la familia hay hijos. Es necesario conservar y redescubrir esta costumbre, porque educa a no dar por descontado el ‘pan de cada día’, sino a reconocer en él un don de la Providencia.

La ingratitud empobrece el alma porque el don recibido no es acogido y se pierde. “¡Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor!” (Sal 118, 29)

Dando gracias a Dios reconozco su cercanía, su protagonismo y su repercusión en mi vida. Pura experiencia.

“Dad gracias por todo, pues ésta es la voluntad de Dios con respecto a vosotros como cristianos.” (1 Tes 5, 16)

¡Qué tesoro se esconde en una pequeña palabra: “gracias”!

“No te alabarían, Señor, mis labios si no se hubiera adelantado tu misericordia. Don tuyo es el que yo te alabe, y por tu misericordia te alabo.

A tu misericordia y no a mis méritos atribuyo mi vida, con la que te alabo.” (San Agustín)

“Por eso toda mi vida te bendeciré y alzaré mis manos en tu nombre.” (Sal 62,5)

“Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.” (Sal 30,13)

“¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?” (Sal 116,12)

“Alaben a Dios por su misericordia.” (Rom 15, 9)

Y así contemplando, agradeciendo, meditando, adorando, celebrando al Señor, queremos quedar más empapados de Él, ser más conformes a Él, más parecidos a Él, lo que más necesita el mundo.

Y como esta alegría no se puede guardar para uno mismo, “cuéntale a todos lo que el Señor ha hecho contigo.” (Lc 8, 39) Atrévete “a hablar de lo que Cristo ha realizado sirviéndose de ti.” (Rom 15, 18) Hasta poder llegar a decir, lo que es el sueño de todo discípulo de Cristo: “ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.” (Gál 2, 20)

Esto no ha hecho más que comenzar porque “el amor del Señor no se acaba, ni se agota su compasión.” (Lam 3,22) “Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar lo que Dios tiene preparado a los que lo aman.” (1 Cor 2,9)

Junto a María, nuestra Madre auxiliadora, aprendamos a que nuestra “alma engrandezca al Señor, que nuestro espíritu se alegre en Dios, nuestro Salvador, porque ha mirado la humildad

de sus siervos,... porque el poderoso ha hecho obras grandes por nosotros:... su misericordia llega a sus fieles de generación en generación..." (Lc 1, 47-50)

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

"Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre." (Sal 30,13)

"¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?" (Sal 116,12)

"Viviré para contar las hazañas del Señor." (Sal 118,17)

"Alaben a Dios por su misericordia." (Rom 15, 9)

"Engrandece mi alma al Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador..." (Lc 1, 47)

"Gustad y ved que bueno es el Señor." (Sal 34, 9)

Dios nos ha acompañado siempre en nuestra vida. ¿Le reconocemos? ¿Cómo? ¿En qué? Compartamos nuestra experiencia de vida: aquellos momentos en los que hemos sentido muy de cerca al Señor. ("Cuéntales a todos lo que el Señor ha hecho contigo." Lc 8,39)

Dediquemos un momento de la oración para agradecerle al Señor por nuestro fundador: Juan Moreno.

Acordémonos de tanta gente que ha pasado por el movimiento y ahora no están en él.

Y tengamos una atención especial para pedir por aquellos miembros del Mac que ya están en el cielo.

Canción:

ALABARÉ A MI SEÑOR (Sal 108(107))

**Alabaré a mi Señor siendo como él,
siendo rastro de su amor y signo de su fe.**

**Al Señor alabaré dando la esperanza
al que la perdió, al que nunca la vio ¡así lo alabaré!**

Alabaré, siendo luz que orienta,
alabaré, siendo sal en la tierra,
alabaré, fermentando la masa,
que dé imagen de amor,
quiere Dios que sea yo,
¡así lo alabaré!

Alabaré, siendo paz en la guerra,
alabaré, si no cierro mi puerta,
alabaré, siendo canto y poesía,
del caído, bastón,
del soberbio, candor,
¡así lo alabaré!

Alabaré, cuando alivie las cargas,
alabaré, si al sediento doy agua,
alabaré, cuando de otros sea pan,
si me dejo comer, si me dejo beber
¡así lo alabaré!

(BROTOS DE OLIVO; Disco: Jerusalén)

2.- El encuentro con Jesús.

El objetivo central de este año, de este aniversario, es propiciar o fortalecer la experiencia cristiana de Dios, la experiencia de fe, o si queréis, la fe experimentada.

Si alguien de la calle o un compañero de trabajo, te preguntara qué es eso de ser cristiano, ¿qué le contestarías?

Podríais hacer una lluvia de ideas.

El cristianismo es Cristo, una persona. Por lo tanto, lo principal para nosotros, los cristianos, es encontrarnos con Jesús, tener experiencia de Él. ¿Cómo voy a contarle a los demás lo que Jesús ha hecho conmigo, sino tengo claro qué es lo que me ha pasado con Él?

Por eso me tengo que preguntar: ¿Me encontrado con Él? ¿Qué significa para mí haberlo encontrado?

Estamos en el núcleo de ser cristiano: “Testigos de Jesús resucitado.” Esta definición de los cristianos deriva directamente del pasaje del evangelio de S. Lucas (24, 48) pero también de los Hechos de los Apóstoles (1, 8.22).

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 1)

“La fe cristiana es el encuentro con una persona y sustancial y esencialmente una relación de persona a persona, no entre una persona y una idea o ley moral, o espíritu objetivo de derecho o ciencia, religión, cultura y filosofía, y por, tanto Jesús es decisivo para el éxito o fracaso de mi vida”. (Monseñor Gerhard Ludwig Müller)

Lo más importante del cristianismo es la experiencia de Jesucristo, que nos ama personalmente.

De ahí que la clave de todo esté en la pregunta: ¿Hemos encontrado a Jesús? A fin de cuentas, es la única cuestión que tenemos que resolver en este mundo. Muchas personas la evitan pues su vida está ahogada en la insignificancia y el parloteo; algunos presienten que esta confrontación con Cristo les llevaría muy lejos en el despojamiento, y entonces prefieren un cristianismo sin historia, sin compromiso.

Esto nos tiene que servir para recordar que la cuestión de Dios es la primera de todas e implica a todos.

Encontrarse con el Señor, tener experiencia de Él. Eso es ser cristiano.

En otros tiempos bastaba la piedad popular o la fe heredada, para ser buen cristiano, porque el ambiente te ayudaba y te sostenía, pero hoy día han desaparecido todos estos apoyos; por tanto, si mi fe y vida personal cristiana o apostólica depende de que los demás me ayuden o no; de que el Obispo o los sacerdotes me valoren o no; de que la Iglesia esté llena de fieles o no; de que mis apostolados tengan éxito, sean reconocidos o no; de que los mismos creyentes me valoren o no;... al faltar estos apoyos, me vendré abajo, estaré triste y no tendré la alegría

del Señor para comunicarlo, para que la gente crea en Él y le siga, por no tener una relación personal intensa con Cristo y depender sólo o principalmente de Él.

Mi amor y entrega al Señor no puede depender de condicionamientos o factores favorables externos. Sino que debe surgir de mi libertad, de mi voluntad. Así es como se ama de verdad. Así imitamos a nuestro Señor que nos quiere sin que su amor por nosotros dependa de cosas externas. No depende ni siquiera de que yo le corresponda. No hay nada que impida que el Señor me quiera.

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades, ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Rom 8,35.37-39)

Así debemos amarlo nosotros.

Toda esta “crisis” (cambios) de la sociedad y de la Iglesia, nos debe ayudar a ser más auténticos, más fieles a Cristo, al evangelio. Todo esto es una enorme oportunidad para volver a nuestros fundamentos como cristianos.

“La cuestión de la vida” es encontrarse con Jesús. Es más, el secreto de la vida cristiana está en vivir con Jesús. Como hace dos mil años, cada persona puede también hoy mantener una relación personal, “real”, con Cristo.

¿Pero esto es posible? ¿Me puedo encontrar hoy con Cristo?

Sí, porque resucitó y vive para siempre (cfr. Apoc. 1,18). Cristo nos promete que, “seguiréis viéndome, porque yo vivo.” (Jn 14, 19) Cristo es persona concreta con la que puedo tratar, dialogar, relacionarme, encontrarme, verlo,...

¿Y qué prueba tenemos de esto?

La prueba de que Jesús está vivo hoy es (y no puede ser otra) que nosotros, que llevamos su nombre, lo hemos visto y conocido y sentimos su presencia y caminamos con él hoy en la firmeza de nuestra fe y en el palpar de nuestra experiencia. El apóstol nace en el encuentro, en el cenáculo, en el hogar donde se parte el pan en Emaús, en el camino de Damasco. La consagración del apóstol es una mirada, una palabra, un gesto, un contacto. Un hecho real y directo que abre los ojos y cambia la vida.

Si la resurrección de Cristo es el fundamento de la fe cristiana (1 Cor 15, 14-17), es fácil de comprender que mi experiencia o encuentro con Jesús resucitado es la base o fundamento de mi vida cristiana, de mi fe como cristiano. ¿De qué me sirve a mí que Cristo haya resucitado si no he tenido experiencia o encuentro con Él?

“Veintiún siglos después de la muerte y la resurrección de Jesús, ésta sigue siendo la prueba de que nos hallamos ante un verdadero apóstol y un verdadero testigo, lo mismo que veintiún años tan sólo después de que Jesús muriera y resucitara. Todo auténtico apóstol, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha tenido que salir airoso de esta prueba.” (Contacto con Dios; Anthony De Mello; pág: 23)

En el encuentro con Jesús se verifica mi ser cristiano. De ahí que definiéramos al cristiano como “testigo de Jesús resucitado”, porque es ésta y no otra, la base de toda nuestra vida.

El apóstol es el testigo, es la prueba. ¿Necesitas una prueba más grande que ésta de que Jesús vive? ¿Necesitas algo más espectacular? Esta es la tentación del diablo que más adelante veremos.

Tú eres el apóstol. Tú eres el testigo. Tú eres la prueba.

Por eso párate, y piensa en esos momentos de Emaús que el Señor te ha regalado: Cómo sus palabras arden en nuestro interior como ninguna otra palabra es capaz de hacerlo; cómo se le reconoce a partir el pan, esas eucaristías bien vividas. (Lc 24, 13-35)

Recuerda los momentos de Tabor, de pequeñas transfiguraciones: Cuántos retiros, ejercicios espirituales, momentos en la capilla, en el sagrario... donde todo lo referente a la fe era más alegre y evidente, donde percibías la divinidad del Señor. Cómo la vida es más bonita con Cristo; cómo sin amor no se puede vivir; cómo Cristo da plenitud a la vida. ¡Qué bien se está con Él! (Mt 17, 1-9)

Cómo sólo Cristo hace que nuestra “alegría sea completa.” (Jn 16, 24)

Cómo sólo Él tiene palabras de vida eterna, de vida definitiva, verdadera. (Jn 6, 68)

Cómo Cristo alivia y da descanso. (Mt 11, 28)

Cómo orienta y da sentido a la vida. (Jn 14, 6)

Cómo se le echa de menos cuando nos alejamos de su voluntad. (Lc 15, 11-32)

Hasta la tristeza, el vacío, es ocasión de experimentarlo: "Me hacía sentir un vacío doloroso, una tristeza que jamás sentí... Esa tristeza, esa inquietud era un regalo suyo... ¡Qué lejos estaba de pensarlo...!" (Bto. Carlos de Foucauld; Retiro hecho en Nazaret, 5-15 de noviembre de 1897; meditación: Yo, mi vida pasada-misericordia de Dios (1))

Los momentos en que hemos sentido la ausencia de Dios, la nostalgia de Dios, también son una enorme experiencia de Él, porque uno sólo echa en falta lo que antes ha tenido.

Cómo Cristo ilumina la vida. (Jn 8, 12)

Sólo Él llena, colma, satisface. Hoy día se tiene de todo y estamos insatisfechos, vacíos, todo el día quejándonos. ¿Cómo en la sociedad del bienestar tiene cabida la depresión, la ansiedad, la agresividad, etc? Se nos olvida que “no sólo de pan vive el hombre.” La vida no se resuelve sólo con la comida, con lo material. Es muy importante, evidentemente, pero la experiencia nos dice que es insuficiente. “La vida no depende de las riquezas.” (Lc 12, 15). El corazón no se contenta con cualquier cosa. El corazón pide más.

“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” (Mt 4, 3)

Ese “más” sólo nos lo puede dar Dios. Necesitamos a Dios para vivir dignamente. Sólo Dios satisface, llena plenamente. Sólo Dios nos hace feliz.

Fijaros el drama que está viviendo las personas, y la sociedad en general, con la marginación de Dios de la vida pública. Ahora se anuncia a los cuatro vientos de que no nos hace falta a Dios para vivir, para organizarnos. Dios, quedaría como mucho, en una cuestión privada, en un adorno. Esto tiene consecuencias terribles para las personas.

Se ha demostrado que la “muerte de Dios”, celebrada por Nietzsche, no ha generado un hombre más feliz, sino más solo y más violento, como demuestran las guerras y las masacres llevadas a cabo por los totalitarismos, tanto de derechas como de izquierdas, durante el siglo XX.

No es difícil de comprender que sin Dios la vida es un absurdo.

Sólo Dios nos da la máxima calidad de vida que se puede alcanzar. Sólo Dios basta.

Jesucristo colma, cumple o satisface mis aspiraciones más profunda como ninguna persona puede hacerlo.

Jesús nos dice: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.” (Jn 4, 13-14) Y más adelante aclara qué es “el agua que yo le daré”: “De lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él.” (Jn 7, 38-39)

El agua viva es el Espíritu Santo, es Dios que se entrega a nosotros, que vive en nosotros. Lo dicho: Dios es lo que Cristo nos da (“el agua que yo le daré”) para que nunca más tengamos sed. Sólo Dios, sólo Cristo sacia.

Cristo ofrece más. Es más, ofrece todo. “Suficiente” sólo es la realidad de Cristo. “Nos has hecho, Señor para Ti, y nuestro corazón anda siempre inquieto hasta que descansa en Ti.” (San Agustín, Confesiones I,1)

Dios quiere que encontremos en él la fuente de nuestra auténtica felicidad. Todo creyente corre el peligro de no buscar en Dios la respuesta a las expectativas más íntimas de nuestro corazón. Si hay una sed física del agua indispensable para vivir en esta tierra, también hay en el hombre una sed espiritual que sólo Dios puede saciar

Todo esto y más es lo que nos ofrece el encuentro con Cristo. “Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar lo que Dios tiene preparado a los que lo aman.” (1 Cor 2,9)

Aunque este encuentro con Jesucristo, como hemos visto en las citas del pasaje de la samaritana, no es tanto una conquista sino un don, un regalo. Es una gracia completamente gratuita y sucede no por iniciativa del hombre, sino por bondad del Señor. Sólo por la fe, ‘a los que creen en su nombre, les dio poder de hacerse hijos de Dios’ (Jn 1, 12). Jesús nos dice: “Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae” (Jn 6, 44; Mt 11, 27).

Nosotros, sin embargo, tenemos la responsabilidad de colaborar con la iniciativa de Dios. Es por eso que este año cristocéntrico, hagamos una llamada a que, por encima de las demás ocupaciones y preocupaciones, tiene que mantenerse siempre clara la conciencia de que, la experiencia de Dios debería ser el centro de mi vida como humilde cristiano. Lo que no se espera, no se recibe. Lo que se tiene bajo sospecha, no se acepta. Lo que no se valora, no se busca.

¿Quieres profundizar en tu relación con Cristo? ¿Quieres ser testigo de Él?

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

Canción:

AL BUSCAR EN LA PALABRA

Al buscar en la Palabra la vida se nos mostró
y a todos vamos cantando las hazañas del Señor.
Lo que existía en el principio y tocaron nuestras manos,
lo que vieron nuestros ojos ¡eso es lo que os cantamos!

(Brotes de olivo, Disco Amén)

“Nos has hecho, Señor para Ti, y nuestro corazón anda siempre inquieto hasta que descansa en Ti.” (San Agustín, Confesiones I,1)

Salmo 61

Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
solo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

Descansa solo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
solo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré

De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme,
Dios es mi refugio

Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.” (Mt 11, 28)

“Si conocieras el don de Dios.” (Jn 4, 10)

3.- “Queremos ver a Jesús.” (Jn 12, 21)

Estamos ante palabras mayores, pero si quiero ser cristiano, si quiero ser testigo de Jesucristo resucitado, las tengo que hacer mía. Así que al ataque.

Todos tenemos la experiencia de que el corazón pide más, mucho más.

Este ‘más’ son llamadas del Señor, son ‘toques’ suyos. Dios es mucho más que la experiencia que yo haya tenido de Él y sigue llamando, sigue esperando.

Sabemos que “Dios es amor.” (1 Jn 4,8). También sabemos que “el amor nunca se da por ‘concluido’ y completado.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 17) “La caridad siempre puede crecer indefinidamente.” (San Agustín)

“La historia de cada alma es la de un amor que es colmado en cada ocasión, y al mismo tiempo está abierto a nuevos horizontes, pues Dios dilata continuamente las posibilidades del alma para hacerla capaz de bienes siempre mayores. Dios mismo ha sembrado en nosotros semillas de bien.” (Benedicto XVI, Audiencia general 5-09-2007)

Y “todo bien, por su propia naturaleza, no tiene límite.” (San Gregorio de Nisa)

Por lo tanto, he de seguir buscando a Dios, el Bien en mayúsculas. La experiencia de Dios me remite a empezar de nuevo (que no de cero) esa búsqueda.

“Por la trascendencia de los bienes que descubre, a medida de su progreso, el alma tiene la impresión de estar siempre al comienzo de su camino hacia Dios. Por eso la Palabra dice ¡levántate! al que ya se ha levantado, y ¡ven! al que ha venido ya.” (Desierto: una experiencia de gracia; Francisco M^a López Melús; pág: 141-142.)

“El que asciende no termina nunca de subir, y va paso a paso; no se alcanza nunca el final de lo que es siempre susceptible de perfección. El deseo de quien asciende no se detiene nunca en lo que ya le es conocido.” (San Gregorio de Nisa)

Jesús no es alguien estático, instalado, sino que está caminando. De ahí el sentido de seguirlo y de no quedarme acomodado (instalado) en una religión o piedad hecha a mi medida, a mi gusto. Si me instalo me paro, no avanzo. Y quien no avanza retrocede.

“No tiene fin la búsqueda porque no tiene fin el amor.” (San Agustín)

La vida cristiana es un “camino” que recorrer, que consiste no tanto en una ley que observar, sino la persona misma de Cristo (Jn 14, 6), a la que hay que encontrar, acoger, seguir (cfr. Jn 14, 6).

Perfección es seguir en camino.

Es tener la misma disposición del salmista:

“De ti ha dicho mi corazón: ‘Busca su rostro’.
Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco.
No me ocultes tu rostro.” (Sal 27, 8-9)

Es hacer nuestra la petición que le hicieron un grupo de griegos al apóstol Felipe:
“Queremos ver a Jesús.” (Jn 12, 21)

¿Por qué es tan importante para mí buscar el rostro del Señor, querer verlo?
Nuestra vida sólo es auténtica cuando buscamos a Dios por encima de todo. Esa es nuestra brújula de la vida, esa es la orientación fundamental y decisiva para no andar perdidos, confundidos, zarandeados por las modas, las opiniones, los cambios, etc. Cuando el encuentro con el Señor es lo prioritario en mi vida entonces estoy en disposición de vivir de verdad, porque “la vida del hombre es la visión de Dios.” (San Ireneo de Lyon)

Esta es la experiencia que queremos tener, un encuentro más intenso con el Señor. Porque sépanlo o no, esto es lo que desea todo el mundo en el fondo de su corazón: experimentar el amor auténtico, verdadero.

Por lo tanto, en todas las circunstancias de mi vida y de la historia, hay que buscar y encontrar el camino que lleva a Dios como la verdadera orientación, la que se centra en la caridad.

Digamos de corazón: “Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco.” “Queremos ver a Jesús”.

Pero ¿esto es posible? ¿Podemos ver a Jesús? ¿Cómo? ¿Y qué significa verlo?

En la época de Jesús, muchos lo vieron pero no se encontraron con Él, no llegaron a descubrir quién era. “Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces?” (Jn 14, 9) “Tenéis ojos y no véis.” (Mc 8, 18)

Pilatos vio a Jesús, pero ¿lo reconoció? ¿Cayó en la cuenta de quién era ese preso que tenía delante? No, al contrario, lo torturó y lo condenó a muerte.
Herodes también vio a Jesús. ¿Y se hizo discípulo suyo? ¿Pudo reconocer en él al hijo de Dios? No, todo lo contrario, se burló de Él.

El evangelio es claro al respecto: para encontrarme con Jesús, para poder verlo, los ojos son insuficientes.

La ciencia ha demostrado que nuestro campo visual es muy restringido. Sólo percibimos una parte del espectro luminoso. Por lo tanto, si ya nuestros ojos no pueden captar mucho de lo que acontece delante de nuestras narices en el mundo natural, ¿cómo van a ser el medio adecuado para poder ver las realidades sobrenaturales?

Entonces, si la visión ocular o física no me permite ver a Jesús, ¿es posible verlo? La Palabra de Dios nos da la respuesta:

“Oiréis, pero no entenderéis; miraréis, pero no veréis, porque se ha embotado el corazón de este pueblo, se han vuelto torpes sus oídos, y se han cerrado sus ojos; de modo que sus ojos no ven, sus oídos no oyen, su corazón no entiende, y su corazón no se convierte a mí para que yo los sane.” (Is 6, 9-10; Mt 13, 14-15)

“¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Es que tenéis embotada vuestra mente? Tenéis ojos y no veis; tenéis oídos y no oís.” (Mc 8, 17-18)

Y todo esto se lo dice a gente que han visto a Jesús físicamente, que han presenciado sus milagros. Pero todo esto es insuficiente. ¡Cuánto más para nosotros!

La Palabra de Dios es clara y sale en nuestra ayuda. Fijaros en las palabras que se ha utilizado en las citas anteriores: “corazón”, “embotado”, “entendéis”, “comprendéis”, “convertir”.

Aquí está la clave para poder ver a Jesús. El órgano, o mejor dicho, la facultad o capacidad que me permite ver a Jesús, encontrarme con Él, reconocerlo, es el corazón.

“El corazón es la morada donde yo estoy, o donde yo habito (según la expresión semítica o bíblica: donde yo "me adentro"). Es nuestro centro escondido, inaprensible, ni por nuestra razón ni por la de nadie; sólo el Espíritu de Dios puede sondearlo y conocerlo. Es el lugar de la decisión, en lo más profundo de nuestras tendencias psíquicas. Es el lugar de la verdad, allí donde elegimos entre la vida y la muerte. Es el lugar del encuentro, ya que a imagen de Dios, vivimos en relación: es el lugar de la Alianza.” (Catecismo de la Iglesia Católica, 2563)

Es el corazón que entiende, que comprende, que no está embotado sino convertido, el que ve a Jesús, el que ve a Dios, el que lo reconoce. También a esta capacidad se le llama alma. Luego podemos decir con San Agustín que “es el alma la que ve.”

“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria... ilumine los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados...” (Ef 1, 17-18)

Que el Señor ilumine los ojos de nuestro corazón para conocer... En el lenguaje bíblico ‘conocer’ es entrar en relación íntima (ejemplo: Lc 1, 34).

Cuando una persona llega a entender, a comprender, cuando “cae en la cuenta” interiormente del Señor, lo está viendo, lo está reconociendo. Entonces ocurre el milagro y la persona es capaz de decir, como San Francisco de Asís: “Esto es lo que yo quiero; esto es lo que yo busco; esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica.” (1 Celano 22, 22)

Cuando me identifico con el ser de Cristo, con su voluntad, con su vida, por amor, no lo veo como algo exterior a mí, como algo extraño a mí, sino como la aspiración más profunda de lo que mi corazón desea. En ese momento me estoy encontrando con el Señor, porque “no se acerca uno a Cristo por el movimiento del cuerpo, sino por el afecto del corazón.” (San Agustín)

Y ese acercarme a Cristo es un regalo de Dios, es una acción de Él, tal y como nos dice Jesús: “nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae.” (Jn 6, 44)

Si has tenido una experiencia así, es experiencia de Dios. Cristo te dice a ti, lo mismo que le dijo a Pedro cuando lo reconoció como Mesías, como hijo de Dios vivo: “Dichoso tú,... porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos.” (Mt 16, 17)

El Espíritu Santo “es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la buena nueva y del Reino anunciado...”

Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno a anunciar el evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación.”(Pablo VI; Evangelii nuntiandi, 75)

Dios te está trabajando en ese momento. “Nadie puede aceptarme, si el Padre no se lo concede.” (Jn 6, 65) Ha ocurrido el milagro, el encuentro con Él.

Esta identificación con el ser de Cristo, con su voluntad es clave para encontrarme con Él. “No todo el que dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.” (Mt 7, 21)

El Reino de Dios es el mismo Jesucristo. Luego “entra” en el reino de Dios, en la presencia de Dios, en el misterio de Dios, es decir, se encuentra con Cristo, aquel que hace la voluntad de Dios.

Es lo que le pasó al ciego de nacimiento, figura en la que yo me tengo que ver reflejado. ¿Cuándo empezó a ver? Cuando le hizo caso al Señor. Hizo lo que Cristo le pidió que hiciese (Jn 9, 7). Así comenzó a ver. Pero esto era un primer paso, no era suficiente. Todo se juega en el momento decisivo del pasaje evangélico, cuando Cristo le hace la pregunta clave al ciego (y a nosotros):

“¿Crees en el Hijo del hombre?

Y el ciego le preguntó: Y ¿quién es, Señor, para que pueda creer en él?

Jesús le contestó: Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo.

Entonces aquel hombre dijo: Creo, Señor.

Y se postró ante él.” (Jn 9, 35-38)

Lo vio, mejor dicho, lo reconoció, no cuando lo tenía delante de Él (la curación de la ceguera) sino cuando creyó en Él (curación de la ceguera espiritual). El ciego pasó de la luz de los ojos a la luz de la fe, gracias a Jesús. En contraposición a la fe del ciego curado se encuentra el endurecimiento del corazón de los fariseos que no quieren aceptar el milagro, porque se niegan a aceptar a Jesús como el Mesías. Fue el endurecimiento del corazón el que les impidió ver a Jesús, reconocer quién es, aunque lo tuvieran delante de sus narices. Es la peor ceguera que existe, la ceguera espiritual, la ceguera del corazón.

Es Cristo el que propicia el encuentro, el que me puede curar. Es Él quien que puede hacer que lo vea. Y eso ocurre si me fío de su Palabra.

Abramos el corazón a la escucha confiada de la palabra de Dios para encontrar, como la samaritana, a Jesús que nos revela su amor y nos dice: el Mesías, tu Salvador, “soy yo: el que habla contigo” (Jn 4, 26).

Cuando estoy cara a cara con el Evangelio, ¿es eso lo que quiero?, ¿es lo que busco por encima de todo?, ¿es lo más íntimo que desea mi corazón? ¿Es lo que quiero poner en práctica? Si las respuestas son afirmativas estoy viendo a Cristo.

“Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.” (Mt 6, 21)

¿Cuál es mi tesoro en estos momentos? ¿Qué es lo que más importa en la vida? Porque ahí está tu corazón. Y es en el corazón donde se juega la experiencia de Dios.

Es el corazón lo que Jesús quiere, allí es donde busca los verdaderos adoradores. No cuentan las cosas ni los comportamientos externos; cuenta el corazón.

“Esto es lo que le interesa a Dios. Lo que quiere es reinar en el corazón de las personas y desde allí en el mundo: él es rey de todo el universo, pero el punto crítico, la zona donde su reino corre peligro, es nuestro corazón, porque en él Dios se encuentra con nuestra libertad. Nosotros, y sólo nosotros, podemos impedirle reinar en nosotros mismos y, por tanto, podemos poner obstáculos a su realeza en el mundo: en la familia, en la sociedad y en la historia. Nosotros, hombres y mujeres, tenemos la posibilidad de elegir con quién queremos aliarnos: con Cristo y con sus ángeles, o con el diablo y con sus seguidores. A nosotros corresponde la decisión de practicar la justicia o la iniquidad, abrazar el amor y el perdón o la venganza y el odio homicida. De esto depende nuestra salvación personal, pero también la salvación del mundo.” (Benedicto XVI; 22-11-08)

¿Quieres saber lo que hay en tu corazón? Pues revisa de que hablas normalmente. Porque de la “abundancia del corazón habla la boca.” (Mt 12, 34)

Sólo veremos a Cristo cuando digamos de corazón como Pedro: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.” (Mt 16, 16)

O como dijeron los samaritanos: “Estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo.” (Jn 4, 42)

Sólo veremos a Cristo realmente cuando digamos con Tomás: “Señor mío y Dios mío.”

Por lo tanto llegamos a una conclusión muy importante: “ver a Dios, es entenderle.” (San Agustín)

Que el “corazón entienda, y se convierta y sane.” (Is 6, 10) Así se ve.

Y este “entenderle” es pura obra de Dios. “Nadie puede aceptarme, si el Padre no se lo concede.” (Jn 6, 65)

¿Es esto en mí una realidad? ¿Entiendo a Cristo? Y si no ¿qué me falta para que ocurra el milagro?

Las raíces del ojo están en el corazón.

El corazón: ése es el órgano que hay que ejercitar, que hay que enseñar, que hay que convertir, si quiero encontrarme con Cristo, si quiero tener una experiencia profunda con Él y que no me pase como a Jacob: “Realmente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía.” (Gn 28, 16) Y que sí me ocurra como a Job: “Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos.” (Job 42, 5)

El Principito nos dice: “He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.” (El Principito; Antoine de Saint-Exupéry; pág: 87)

“Si no tiene lugar una apertura interior en el hombre, que le haga ver algo más de lo que se puede medir y se puede pesar, y que le haga percibir el resplandor de lo divino en la creación, Dios quedará excluido de nuestro campo visual. Es el Espíritu Santo el que nos abre los ojos y cuyo obrar suscita siempre un movimiento hacia Cristo. Ese conocimiento que nos enseña a ver a Cristo no ‘según la carne’, sino según el Espíritu (2 Cor 5,16), nos deja ver, al mismo tiempo, al Padre mismo.” (El espíritu de la liturgia. Una introducción; Joseph Ratzinger; pág: 162)

“El que me ve a mí, ve al Padre.” (Jn 14, 9)

¿Estoy dispuesto a esa apertura interior?

3.1.- “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mt 5, 8)

“Estamos dotados de la presencia de Dios, pero no nos es fácil ponernos en disposición de percibirla. ‘Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón.’ (Rm 10, 8); ‘Dios no está lejos de cada uno de nosotros.’ (Hch 17, 27). Pero con frecuencia, y debido sobre todo al pecado, el hombre ‘derrochó su fortuna viviendo perdidamente’ (Lc 15, 13), vive fuera de sí, separado de su raíz, es decir, volcado sobre sus posesiones, disperso en sus quehaceres. Es la situación de perdición, de ilusión, de inautenticidad. Por eso necesita ejercer ciertas predisposiciones y recorrer unos preámbulos existenciales para que la Presencia pueda aflorar a la conciencia y reclamar su adhesión de la libertad. Dios no aparece a una mirada cualquiera, del hombre distraído, a la persona perdida en el divertimento, disipada en el olvido sistemático de sí misma.”

(La experiencia cristiana de Dios; Juan Martí Velasco; pág: 29)

“Al alma, que anda fuera de sí, se le trae de nuevo a sí. Y lo mismo que se había alejado de sí misma, habíase alejado de su Señor.” (San Agustín)

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.” (Mc 7, 6; Is 29, 13)

“No todo el que dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos.” (Mt 7, 21)

“La mirada de Dios no es como la del hombre: el hombre ve las apariencias, pero el Señor ve el corazón.” (1 Sm 16, 7)

“El origen de todo pecado es la soberbia.” (Eclo 10, 13)

“El principio de la soberbia humana es alejarse de Dios y apartar el corazón del Creador.” (Eclo 10, 12)

Es el pecado el que nos aleja de Dios. Es el pecado el que nos hace miopes para ver a Dios. De ahí que Jesús nos diga: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mt 5, 8)

Como hemos visto antes, es el corazón el que permite ver a Dios, pero un corazón limpio. ¿Y cómo se limpia el corazón?

“Y ¿cómo se purifican si no es por la fe, conforme dice San Pedro en los Hechos de los Apóstoles (15, 9): Limpiando con la fe sus corazones? Luego por la fe se purifican nuestros corazones, para que puedan ser capaces de conseguir la visión.” (San Agustín)

Hacemos un alto en el camino y dirigimos nuestra mirada al Señor:

“Aparta tu vista de mis pecados, borra todas mis culpas.

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
renueva dentro de mí un espíritu firme.” (Sal 51, 11-12)

Revisémonos: ¿He dejado “enfriar el primer amor” (Ap. 2, 4)? “Por ello te aconsejo que reavives el don de Dios.” (2 Tim 1, 6) ¿Qué tendría que hacer para no enfriar el primer amor, para reavivar el don de Dios?

¿Se me ha endurecido el corazón (Sal 95, 8)? Si es así, pídele al Señor que cambie tu corazón de piedra por uno de carne (Ez 11, 19).

“Volved a mí de todo corazón...; rasgad vuestro corazón, no vuestras vestiduras.” (Jl 2, 12-13)

No olvidemos que si no cambiamos y nos hacemos como los niños no entraremos en el misterio de Dios, no lo entenderemos (Mt 18, 3). Y al no entender, no hay encuentro, no vemos.

¿Hemos perdido la infancia espiritual? ¿Qué hemos hecho con ella? Pídele al Señor un corazón sencillo, humilde, ingenuo, dependiente, necesitado de tutela, con capacidad de asombro, con esperanza. Un corazón de niño, ese corazón que hace a la persona capaz de la verdad (cf. Mt 10, 25ss).

Llegamos aquí a una conclusión importante: es la fe la primera predisposición para la experiencia de Dios, para el encuentro con Jesucristo, porque la fe prepara el corazón, lo limpia. Es la fe la que me ayuda a percibirlo, a reconocerlo. De ahí la expresión que a veces utilizamos: “hay que mirar con los ojos de la fe.”

Como estamos viendo, la fe es imprescindible para el encuentro con el Señor. Tanto es así que nos permite incluso tocarlo.

Hay un pasaje en los evangelios que ilumina este punto. Es el de la mujer que padecía flujo de sangre (Mc 5, 24-34). En cierta ocasión mucha gente se agolpó en torno a Jesús hasta llegar a apretujarlo. Y en medio de ese barullo Cristo no tiene otra cosa que preguntarles a sus discípulos que esto: “¿Quién ha tocado mi ropa?”

Imaginaros la cara de los discípulos: “Ves que la gente te está estrujando ¿y preguntas quién te ha tocado?”

Todos recordáis lo que estaba sucediendo. En medio de todo aquel follón estaba ocurriendo un milagro. Había mucha gente que tocaba a Jesús físicamente, pero eso no servía. Es insuficiente para que ocurra el milagro. Sólo una persona le toca de verdad. Es la mujer que se le acercó con fe. Por eso Jesús le dice: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu mal.”

Fijaros el papel que juega la fe en nuestra vida de creyentes: Es la fe la que toca a Jesús. Es la fe la que me da acceso a Él, la que me ayuda a conocerlo. Es la fe la puerta de la experiencia de Dios.

“¿Qué es, pues, tocar sino creer? A Cristo lo tocamos con la fe, y es preferible no tocarlo con las manos y sí con la fe, a tocarlo con las manos y no con la fe. Tocar a Cristo no era nada del otro mundo. Los judíos lo tocaron cuando lo apresaron, cuando lo ataron, cuando lo colgaron; lo tocaron, y por tocarlo mal perdieron lo que tocaron. Tócalo tú con la fe, ¡oh Iglesia católica!...” (San Agustín, Serm. 246, 4; citado en: Cristo nos hace hermosos; Monte Carmelo; pág: 187-188)

¡Podemos tocar a Cristo!

Por lo tanto, en nuestro caminar tras Jesús, hay un orden en nuestro itinerario. Y la primera etapa es fiarme de Él, confiar en Él, tener fe.

“Dichosos los que creen sin haber visto” (Jn 20, 29), porque sin la fe en Cristo, sin fiarme de su Palabra, aunque “se me apareciese un muerto no haría caso” (Lc 16, 31), no percibiría a Dios, no llegaría a tocar el misterio. Pasaría de largo ante él sin darme cuenta.

De ahí la importancia de tomar conciencia de cuidar la fe, de alimentarla adecuadamente, de estar atentos a ella y no descuidarnos. En esto, como en las demás cosas importantes de la vida, tenemos que ser muy responsables.

¿Y qué puedo hacer para cuidar la fe, para alimentarla?

Lo primero, rezar. Hacer oración diaria, permanente. La fe es un regalo de Dios, “es pura gracia.” (Rom 4, 16) De ahí que la pidamos con perseverancia: “Creo, pero ayúdame a tener más fe.” (Mc 9, 24) Y todavía hay cristianos que se preguntan que para qué sirve la oración y la descuidan durante mucho tiempo.

¿Tú quieres encontrarte con Cristo? ¿Quieres verlo? ¿Quieres tocarlo? Pues reza, que la oración es la fe en acto. Y como hemos visto antes, es la fe la que me hace ver a Jesús, la que lo toca.

Dentro de la oración, aprovecha para alimentar bien la fe. Y no hay mejor alimento que la Palabra de Dios, porque la “fe viene de la predicación, y la predicación se verifica mediante la palabra de Cristo.” (Rom 10, 17)

Y esta fe es la que purifica el corazón, lo que nos permite ver, tocar el misterio. Esta fe procede de la Palabra de Dios. Por lo tanto esta Palabra nos purifica, tal y como le dice el Señor a los apóstoles en la última cena: “Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he dado.” (Jn 15, 3) Su palabra es lo que penetra en ellos, transforma su pensamiento y su voluntad, su ‘corazón’ y lo abre de tal modo que se convierte en un corazón que ve.

Fíjate qué maravilla: La fe se debe a que Dios sale al encuentro del hombre. La fe nos precede, es un don de Dios. Luego el encuentro con Cristo es un don. Y el don de la pureza es un acto de Dios.

Es el momento de recogernos en oración, aprovechemos y caigamos interiormente de rodillas en adoración ante la unidad de la fe, ante la belleza de la fe cristiana. Alegrémonos de la grandeza del Señor. Verdaderamente “todo lo ha hecho bien” (Mc 7, 37)

Que esto nos ayude a no malacostumbrarnos a la Palabra de Dios, a que veamos que es un milagro que Él tenga algo que decirnos y que nosotros podamos escucharlo, acogerlo y obedecerlo.

No nos malacostumbremos a las cosas grandes, a las cosas sagradas. Alegrémonos de la inmensa fortuna que es poder creer. Alegrémonos de la belleza de la fe cristiana.

Todo esto nos debe animar, impulsar a buscar una mayor intimidad diaria con la Palabra de Dios. Fijaros lo que nos jugamos en ello.

¿Cómo me va en estos momentos con la Palabra de Dios?

Y lo dicho con la Palabra de Dios se puede aplicar con la misa. Cuida mucho la Eucaristía, la mejor oración que existe, puro alimento para tu vida de fe. Prepárala, celébrala, vívela. Toda Eucaristía es pura manifestación de Dios. Es una actividad que realiza Cristo.

Y segundo: mantén en forma la fe. Antes hemos visto que “los limpios de corazón verán a Dios.” También hemos visto que el corazón se limpia con la fe. Pues bien, para que la fe sea efectiva, es decir, para que actúe, limpie, necesita la caridad, porque “la fe actúa por la caridad” (Gál 5, 6). La fe para que sea en Cristo necesita obras de caridad, porque “la fe: si no tiene obras, está muerta en sí misma.” (Sant 2, 17)

“La verdadera fe es una especie de matrimonio entre las palabras y las obras. La palabra fides (fe) se deriva de facere (hacer). Por eso tener fe o ‘ser fiel’ consiste en ‘hacer lo que se dice.’” (San Agustín)

Por eso la Palabra de Dios nos dice:

“Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho.” (Lc 7, 47)

“Amaos intensamente unos a otros, pues el amor alcanza el perdón de muchos pecados.” (1 Pe 4,8)

El amor, la caridad nos limpia de los pecados, nos limpia el corazón. Y así podemos ver con los ojos de la fe. Así podemos encontrarnos con Jesús, tener una experiencia profunda de Él. Justo lo contrario de lo que hacían los fariseos y que Cristo le echaba en cara:

“Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. ¡Insensatos! El que hizo lo de fuera ¿no hizo también lo de dentro? Pues dad limosna de vuestro interior, y todo lo tendréis limpio.” (Lc 11, 37)

Dad limosna de vuestro interior, y todo lo tendréis limpio: La caridad, que es dar, nos purifica, nos limpia. Así nos capacita para encontrarnos con el Señor.

Resumiendo: la fe limpia el corazón. La fe actúa por la caridad. La caridad alcanza el perdón de muchos pecados. La caridad nos permite limpiar el corazón. El corazón limpio ve a Dios, ve a Cristo.

Luego fe y caridad, dos realidades esenciales para la experiencia de Dios. Vamos ahora a profundizar en ellas con detenimiento, porque nos jugamos nada más y nada menos que nuestro encuentro con Cristo.

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

Puede ser un buen momento para hacernos una “revisión de la vista”, una revisión de nuestro interior, de nuestro corazón. Las citas bíblicas, la canción y los textos complementarios nos pueden ayudar en ello.

“El origen de todo pecado es la soberbia.” (Eclo 10, 13)

“El principio de la soberbia humana es alejarse de Dios y apartar el corazón del Creador.” (Eclo 10, 12)

Canción:

¿CÓMO TE VERÉ, SEÑOR?

Es posible que no sea feliz en Dios
por no ser manso o estar hambriento ni limpio de corazón.
Es posible que no pueda ver a Dios
por no ser misericordioso ni de la paz sembrador.
Es posible que no alcance a ser de Dios
por no haber vivido y llorar de los otros su dolor.
Es posible que jamás yo llegue a Dios
por no llevarlo en mis entrañas como María lo llevó.
Pero verlo si podré si su Palabra de vida con los hombres practiqué,
o recordando al buen ladrón, me fío a ciegas de Él.
Era Nicodemo un fariseo y el rico Zaqueo, publicano.
Magdalena, la más pecadora y, aún así, todos se salvaron,
Los cojos y ciegos le siguieron, unos eran buenos, otros no tanto.
Quisieron salvarse y nada más, ¡Quienes le siguieron, se salvaron!

(Brotos de olivo; Disco: Las bienaventuranzas)

“Entonces podemos preguntarnos: ¿cuál es la razón por la que unos ven y encuentran, y otros no? ¿Qué es lo que abre los ojos y el corazón? ¿Qué les falta a aquellos que permanecen indiferentes, a aquellos que indican el camino pero no se mueven? Podemos responder: la excesiva seguridad en sí mismos, la pretensión de conocer perfectamente la realidad, la presunción de haber formulado ya un juicio definitivo sobre las cosas hacen que su corazón se cierre y se vuelva insensible a la novedad de Dios. Están seguros de la idea que se han hecho del mundo y ya no se dejan conmover en lo más profundo por la aventura de un Dios que quiere encontrarse con ellos. Ponen su confianza más en sí mismos que en él, y no creen posible que Dios sea tan grande que pueda hacerse pequeño, que se pueda acercar verdaderamente a nosotros.

Al final, lo que falta es la humildad auténtica, que sabe someterse a lo que es más grande, pero también la valentía auténtica, que lleva a creer en lo que es verdaderamente grande, aunque se manifieste en un Niño inermes. Falta la capacidad evangélica de ser niños en el corazón, de asombrarse y de salir de sí para avanzar por el camino que indica la estrella, el camino de Dios. Sin embargo, el Señor tiene el poder de hacernos capaces de ver y de salvarnos. Así pues, pidámosle que nos dé un corazón sabio e inocente, que nos permita ver la

estrella de su misericordia, seguir su camino, para encontrarlo y ser inundados por la gran luz y por la verdadera alegría que él ha traído a este mundo. Amén.”
(Benedicto XVI; Homilía misa epifanía 6/01/10)

“La humildad es andar en verdad.” (Santa Teresa de Jesús; Las Moradas del castillo interior; 6 M 10, 7)

“Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.” (Mt 11, 29)

4.- “Venid y lo veréis.” (Jn 1, 39)

Acabamos de ver que sin fe no puedo encontrarme con el Señor, o mejor dicho, no puedo reconocerlo, no puedo verlo, no puedo tocarlo. Es lo que le pasó también a la gente que vivieron con Jesús. Muchos lo vieron pero no sabían quién era: “... en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis.” (Jn 1, 26)

“A Cristo lo vieron los judíos. Nada tiene de grande ver a Cristo con los ojos de la carne; lo grandioso es creer en Cristo con los ojos del corazón.” (San Agustín, Serm. 263, 3; citado en: Cristo nos hace hermosos; Ed. Monte Carmelo; pág: 188)

“La fe es la llave del corazón.” (San Agustín)

A pesar de la incredulidad de muchos judíos, otros si creyeron en Jesús. ¿Qué hicieron esta gente para llegar a creer?

Nuevamente el evangelio nos responde. Dos jóvenes se interesaron por Jesús y, con cierta curiosidad, le preguntan sobre su vida. La respuesta que les dio el Señor sirve para los hombres y mujeres de todos los tiempos: “¡Venid y lo veréis!” (Jn 1, 39).

No es la curiosidad la que me hace encontrarme con Jesús sino el seguimiento (“Venid”). Para ser personas de fe, condición indispensable para experimentar a Cristo, debemos rehacer el camino que los discípulos hicieron con Jesús en los evangelios, es decir, tenemos que ser sus discípulos, tenemos que seguirle.

Aquí comenzamos a dar un paso más hacia el encuentro con el Señor: la fe cristiana no es saberse unos cuantos preceptos, normas o dogmas, sino convivir con Cristo. Y como hemos visto en la cita evangélica anterior, para convivir con Él hay que seguirlo.

Realmente ¿quieres ver a Jesús? ¿Quieres tener una experiencia más intensa de Él? Pues Jesús nos dice ‘Venid’ (‘sígueme’), y mediante ese seguimiento, “veréis”, es decir, entenderéis quién soy, conoceréis quien soy. Porque como hemos visto antes, “ver a Dios es entenderle” (San Agustín), y “si no creyereis, no entenderéis.” (Is 7,9) Para entender algo hay que participar en su naturaleza, hay que involucrarse. Para ser persona de fe, es decir una persona que me he encontrado con Cristo, tengo que relacionarme con Él, vivir una amistad con Él, escucharle, seguirlo. La fe es convivir con Jesús. Y esto me lo da el discipulado, el seguimiento.

Luego para encontrarme con Jesús, hay que tener fe. La fe es relación personal con Cristo (convivir). Esta relación se da en el seguimiento. Y es el seguimiento a Jesús lo que nos da la experiencia de Él, la experiencia de Dios.

El seguimiento comienza con una llamada del Señor:

“Ven”, “sígueme”: “Nadie cree sin haber sido llamado.” (San Agustín) Así, gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesús se convierte en el "camino" por donde avanza el discípulo. El camino hacia Dios es Dios mismo, el cual se hace cercano a nosotros en Jesucristo.

Así que pongámonos en camino...

4.1.- “Sal de tu tierra” (Gen 12, 1): El salto de la fe

Sin embargo nosotros queremos hacerlo al revés. Primero queremos ver y después ya te seguiré. Por eso Cristo tiene tan pocos discípulos. Primero quiero una prueba y después me fiaré de ti. Eso no es fe, eso no es confiar en Él. Al contrario, es ponerlo en duda. Eso no es quererlo. De ahí que pida pruebas. “La exigencia de una demostración física, de un signo que elimine toda duda, oculta en el fondo el rechazo de la fe, un negarse a rebasar los límites de la seguridad trivial de lo cotidiano y, por ello, encierra también el rechazo del amor, pues el amor exige, por su misma esencia, un acto de fe, un acto de entrega de sí mismo.

La raíz de esta equivocada exigencia de un signo no es otra que el egoísmo, un corazón impuro, que únicamente espera de Dios el éxito personal, la ayuda necesaria para absolutizar el propio yo. Esta forma de religiosidad representa el rechazo fundamental de la conversión. ¡Cuántas veces nos hacemos también nosotros esclavos del signo del éxito! ¡Cuántas veces pedimos un signo y nos cerramos a la conversión!” (El camino pascual; Joseph Ratzinger; pág: 37-39)

Y así no se le puede ver. Es lo que les pasó a los fariseos con el ciego de nacimiento. Su ceguera es voluntaria. No quieren ver. Y cuando uno no quiere, siempre ha seguido la misma táctica: poner a prueba aquello que no se quiere aceptar, pedir pruebas y más pruebas. ¿Necesitas la prueba de que las piedras se conviertan en pan? ¿No te basta la prueba de que el pan se convierta en el Cuerpo de Cristo? ¿Necesitas la prueba de un mesías andando por el alero del templo, para ver si se tira y al caer no se hace daño, y así aplaudir y creer? (Mt 4, 5-6) ¿Estás buscando motivos espectaculares para creer, algo contundente para fiarte? Esto es una tentación que proviene del diablo.

Y Cristo no entró por ahí. Esto no tiene nada que ver con Jesús, el verdadero signo, la verdadera prueba, sino con Satanás, el mentiroso. Si no me fío del evangelio, si no me fío de la Palabra del Señor, “si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco harán caso aunque resucite un muerto.” (Lc 16, 31)

Más claro imposible. Entonces ¿cuál es el problema? Porque aquí si hubo un muerto que resucitó y ahora vive para siempre, Jesucristo. Pero si no me fío de Él, sino le creo, no me sirve de nada.

Pedir pruebas es no confiar en Cristo. Y no confiar en Él es no quererlo. “Creer en Cristo es amar a Cristo.” (San Agustín)

¿Qué significaría en mi vida dar el salto de la fe? “Nosotros hemos creído en el amor que Dios tiene por nosotros” (1 Jn 4,16).

Fíjate en lo que dice: ‘Nosotros hemos creído’. Esto es el salto de la fe.

¿Creo realmente que Dios es amor? ¿Creo verdaderamente que Dios me quiere?

“¡No nos lo creemos verdaderamente, o al menos, no nos lo creemos bastante! Porque si nos lo creyésemos, en seguida la vida, nosotros mismos, las cosas, los acontecimientos, el mismo

dolor, todo se transfiguraría ante nuestros ojos. Hoy mismo estaríamos con él en el paraíso, porque el paraíso no es sino esto: gozar en plenitud del amor de Dios.

El mundo ha hecho cada vez más difícil creer en el amor. Quien ha sido traicionado o herido una vez, tiene miedo de amar y de ser amado, porque sabe cuánto duele sentirse engañado. Así, se va engrosando cada vez más la multitud de los que no consiguen creer en el amor de Dios; es más, en ningún amor. El desencanto y el cinismo es la marca de nuestra cultura secularizada. En el plano personal está también la experiencia de nuestra pobreza y miseria que nos hace decir: ‘Sí, este amor de Dios es hermoso, pero no es para mí. Yo no soy digno...’.

Los hombres necesitan saber que Dios les ama, y nadie mejor que los discípulos de Cristo es capaz de llevarles esta buena noticia.” (Raniero Cantalamessa)

“¿Cómo es posible que un hombre diga "no" a lo más grande que hay, que no tenga tiempo para lo más importante; que limite a sí mismo toda su existencia? En realidad, nunca han hecho la experiencia de Dios; nunca han llegado a "gustar" a Dios; nunca han experimentado cuán delicioso es ser "tocados" por Dios. Les falta este "contacto" y, por tanto, el "gusto de Dios". "Gustad y ved" (Sal 34, 9); gustad y entonces veréis y seréis iluminados.

Nuestra tarea consiste en ayudar a las personas a gustar, a sentir de nuevo el gusto de Dios.” (Benedicto XVI; Homilía 07-11-2006)

Pero para ayudar a otros a saborear a Dios, antes lo he tenido que saborear yo, porque un ciego no puede guiar a otro ciego (Lc 6, 39) y “nadie da lo que no tiene” (Bto. Manuel González)

Y esto sólo es posible dando el salto de la fe, es decir, fiarme de Cristo. Y esto se lleva a la práctica siguiendo a Jesús, conociéndolo, anunciándolo, amándolo. Eso es creer en Él. Para experimentar algo hay que involucrarse en el experimento. Esto es algo que la ciencia lo tiene más que demostrado. Anteriormente dijimos que ver a Dios es entenderle. Para entender algo es necesario participar de su naturaleza.

En nuestro caso significaría ir tras él y después viene la visión. Es la condición que pone Cristo para encontrarse con Él. “Ven y sígueme” (Mc 1, 17), “gustad y ved” (Sal 34, 9), “venid y lo veréis” (Jn 1, 39). Venid para poder ver. La aventura de los apóstoles comienza así. Ellos no deberán ser anunciadores de una idea, sino testigos de una persona. Antes de ser enviados a evangelizar, tendrán que ‘estar’ con Jesús (Mc 3, 14) y establecer con él una relación personal. Partiendo de esto, la evangelización no es más que un anuncio de aquello que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo (1 Jn 1, 3).

Hay que dar el salto de la fe para poder verlo. Creer para ver. Fiarse del evangelio para poder experimentarlo. “El que está dispuesto a hacer su voluntad, podrá experimentar si mi doctrina viene de Dios o es mía.” (Jn 7, 17)

¿Estoy dispuesto a dar el salto de la fe? ¿Estoy dispuesto a arriesgar por el evangelio? ¿Soy capaz de gastar la vida, de perderla por el Evangelio, por el Señor (Hch. 15,26)?

4.2.- Creer para ver

“La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve.” (Heb 11, 1)

“La fe consiste en creer lo que aún no ves, y su recompensa es ver lo que ahora crees.

La fe abre la puerta al entendimiento, mientras la incredulidad la cierra.

Cree para entender. Y entiende para creer.

Creo lo que no veo, y creyendo amo, y amando veo.” (San Agustín)

Anteriormente definíamos ser cristiano como: “Testigos de Jesús resucitado.” Es el momento de entender bien ese ‘de’. Quiere decir que el testigo es “de” Jesús resucitado, es decir, que pertenece a él, y precisamente en cuanto tal puede dar un testimonio eficaz de él, puede hablar de él, darlo a conocer, llevar a él, transmitir su presencia.

Para ver a Jesús, para tener experiencia personal de él, lo tengo que vivir en mí, lo tengo que hacer realidad en mí, lo tengo que experimentar en mí, es decir, participar de su naturaleza. Y eso lo consigue la fe.

“Si tenéis fe, Cristo habita en vosotros.” (San Agustín)

Demos el salto de la fe, seamos discípulos más fieles de Cristo, sigámosle. ¿Y cómo se sigue a Jesús?

“Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos.” (Jn 8, 31)

“Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos.” (Jn 14, 15)

El amor a Jesús no es un sentimiento, sino una vida fiel a su Palabra... ‘Si me amáis...’ Todo depende de este ‘si’.

“No os dejaré huérfanos; volveré a estar con vosotros. El mundo dejará de verme dentro de poco; vosotros, en cambio, seguiréis viéndome, porque yo vivo y vosotros también viviréis. Cuando llegue ese momento, comprenderéis que yo estoy con mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ese me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él.” (Jn 14, 18-21)

“Vosotros seguiréis viéndome... me manifestaré a él.” Pura experiencia. Pero experiencia que requiere mi colaboración: “...acepta mis preceptos y los pone en práctica”. Sinceramente, ¿dejo que mi vida la dirija el evangelio? ¿Cómo tomo las decisiones en mi familia, en mi comunidad, en mi centro?

Vivir del evangelio. Esto es lo que nos da la posibilidad de seguir a Jesús, de estar con Él, de amarlo, de experimentarlo. “El que está dispuesto a hacer su voluntad, podrá experimentar si mi doctrina viene de Dios o es mía” (Jn 7, 17)

“Volvamos al Evangelio. Si no vivimos el Evangelio, Jesús no vive en nosotros... El peligro está en nosotros y no en nuestros enemigos. Nuestros enemigos no pueden proporcionarnos más que victorias. El daño sólo podemos recibirlo de nosotros mismos. Volver al Evangelio es el remedio.”

(Carlos de Foucauld, carta al P. Caron, Tamanrasset 30-06-1909)

"Tenemos que tratar de impregnarnos del Espíritu de Jesús leyendo y releendo, meditando y remeditando sin cesar sus palabras y sus ejemplos para que obren en nuestras almas como la gota de agua que cae en una piedra, siempre en el mismo lugar."

(Carlos de Foucauld; carta a Louis Massignon, Tamanrasset, 22-07-1914)

Estar "en Cristo" muestra la espiritualidad que debe alimentar todo en nosotros: nuestros pensamientos y sentimientos, nuestras elecciones y acciones, nuestro silencio y nuestra palabra, el momento de la alegría y el del sufrimiento, el éxito y el cansancio.

El secreto de la vida cristiana está en vivir con Jesús. Vivir con Él se puede decir de otro modo: vivir como Él.

"El que dice que permanece en él, tiene que vivir como vivió él." (1 Jn 2, 6)

Vivir el evangelio para vivir como Él, para vivir con Él. Obedecer sus mandamientos. ¿Y cuál es el mandamiento del Señor?

"Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros. Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos." (Jn 13, 34-35)

Esta cita tan importante nos da la clave del evangelio y la señal del auténtico discípulo, del que verdaderamente sigue a Jesús.

Que nos amemos. Eso es el evangelio, esa es la buena noticia. Esta es la voluntad de Dios, lo que Él quiere, lo que a Él le agrada.

Que nos amemos. Y no con un amor cualquiera, sino "como yo os he amado". Ese "como yo" es un nuevo nivel en el amor. Es el listón al que nosotros, sus discípulos, tenemos que aspirar si queremos obedecerle, si queremos ser sus testigos. Ese "como yo" es la llave que abre la puerta de la experiencia de Dios. Porque no lo olvidemos, "Dios es amor" (1 Jn 4, 8). Por lo tanto, cualquier experiencia de Él tiene que estar referida al amor.

Y ¿cómo es ese 'como yo os he amado'? ¿Cómo ama el Señor?

Cristo es "amor hasta el extremo." (Jn 13, 1)

Y ese amor hasta el extremo es el "amor más grande... el que da la vida por sus amigos." (Jn 15, 14)

"Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores. Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo." (Rom 5, 7-9)

Cristo "me amó y se entregó por mí." (Gál 2, 20)

"Tomad y comed; esto es mi cuerpo" (Mt 26, 26), "que se entrega por vosotros." (Lc 22, 19)

"Tomó luego una copa y, después de dar gracias, se la dio diciendo: Bebed todos de ella,

porque ésta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados.” (Mt 26, 27-28)

“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado la vida por nosotros” (1 Jn 3,16).

Estas últimas citas son el núcleo de todo el tema, el corazón de toda la celebración de este año, el centro del cristianismo, la base de toda la vida. “Dios nos amó primero” (1 Jn 4, 19). Esta frase debe tomarse en el sentido más literal posible porque es realmente el gran motor de nuestra vida.

El Señor nos quiere y de qué manera.

¿Qué estoy haciendo yo para amar así? “El que dice que permanece en él, tiene que vivir como vivió él.” (1 Jn 2, 6)

¿Por dónde empezar?

1.- Lo hemos dicho antes: “el amor de Dios llega verdaderamente a su plenitud en aquel que guarda su palabra. Esta es la prueba de que estamos en él.” (1 Jn 2, 5)

Vivir de la Palabra. Ahí María de Nazaret es el mejor modelo que tenemos. Fijaros el papel que juega en nuestra vida la oración, la escucha de la Palabra. No nos cansaremos de repetirlo: hace falta rezar todos los días, no faltar a nuestra cita con el Señor.

2.- Cualquier experiencia que tenga que ver con el Dios de Jesucristo, el Dios que es amor, pasa por la experiencia del amor, de la caridad que yo tenga. “Quien no ama no conoce a Dios.” (1 Jn 4, 9)

“Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama.” (Benedicto XVI; Deus caritas est 18)

¿Quieres tener experiencia de Dios? ¿Quieres encontrarte con Jesús? ¿Estoy dispuesto a servir, a perdonar, a unir, dar sin recibir, soportar, es decir, a amar?

Es lo que vamos a ver en el siguiente punto.

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

Cristo es “amor hasta el extremo.” (Jn 13, 1)

Y ese amor hasta el extremo es el “amor más grande... el que da la vida por sus amigos.” (Jn 15, 14)

“Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores. Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo.” (Rom 5, 7-9)

Cristo “me amó y se entregó por mí.” (Gál 2, 20)

“Tomad y comed; esto es mi cuerpo” (Mt 26, 26), “que se entrega por vosotros.” (Lc 22, 19)
“Tomó luego una copa y, después de dar gracias, se la dio diciendo: Bebed todos de ella, porque ésta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados.” (Mt 26, 27-28)

“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado la vida por nosotros” (1 Jn 3,16).

“El amor es entregarse a sí mismo.” (Benedicto XVI; Homilía misa Domingo de Ramos, 09-04-2006; citado en: Enseñanzas de Benedicto XVI 2006, pág: 461)

“Si todavía no te sientes en disposición de morir por tu hermano, disponte al menos a darle algo de lo que tienes. Que la caridad comience ya a conmover tus entrañas.” (San Agustín, Sobre la Epístola de san Juan, 5, 12; citado en: Los primeros cristianos; Gabriel Larrauri; pág: 143-144)

5.- Sin el amor no se puede ver.

Seguimos nuestro caminar hacia el encuentro con el Señor y damos otro paso que es de vital importancia: “A él no se va caminando, sino amando. Y más cerca estarás de Dios cuanto más puro sea el amor con que a Él te diriges... Se va no con pasos materiales sino con nuestra conducta. Y esta conducta recibe su valor no de lo que sabes, sino de lo que amas.” (San Agustín) El amor es la medida del avance.

Con la encarnación de Jesús, “Dios se ha manifestado como hombre y ha querido que el hombre sea el lugar donde le veamos.” (Introducción al cristianismo; Joseph Ratzinger; pág: 151)

¿Cuándo te vimos, Señor...? En el que tuvo hambre, en el que estuvo enfermo, en el que estuvo en la cárcel... (Mt 25, 31-46)

Si a esta altura del tema alguien tenía alguna duda de poder encontrarse con Cristo, tratarlo, verlo, escucharlo, tocarlo,... con este pasaje del evangelio queda claro.

La diferencia con la gente de este texto es que nosotros sí podemos saber cuándo le vimos, cuándo le dimos de comer, cuándo lo visitamos. Y ese conocimiento nos lo da la Palabra de Dios, nos lo da la fe. Es todo lo que hemos visto en los puntos anteriores y que nos estaban preparando para este momento importantísimo: el sacramento del prójimo.

“En el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.”
(Benedicto XVI; Deus caritas est, 15)

Tanto es así que “si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.” (1 Jn 4, 20)

“Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.” (1 Jn 4, 8) Quien no conoce, no entiende, no experimenta. Porque Dios es amor y cualquier experiencia que tenga que ver con Él tiene que estar referida con el amor, con la práctica de la caridad.

“Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él.” (1 Jn 4, 16)

Estamos en un momento clave para mi vida. Si se fracasa en el amor, se fracasa en lo más decisivo de la persona humana. “Si no tengo amor, nada soy.” (1 Cor 13, 2) Es arruinar la vida. Y “el amor es entregarse a sí mismo.” (Benedicto XVI; Homilía misa Domingo de Ramos, 09-04-2006)

“¿De qué la sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?” (Lc 9, 25)

Y uno se pierde o se perjudica a sí mismo negándose a amar, anulando esa capacidad de hacer el bien, de no preocuparse por el otro, cerrándose en sí mismo, en sus cosas, en sus intereses, en la tranquilidad, en la comodidad, en ser indiferente ante el mal que nos rodea...

“El que no ama permanece en la muerte.” (1 Jn 3, 14) La peor muerte que existe es la muerte espiritual, el pecado, que corre el riesgo de arruinar la existencia del hombre (cfr. Mt 10, 28). Esta muerte le “costó a Cristo la lucha más dura, incluso el precio de la cruz. Cristo murió para vencer esta muerte, y su resurrección no es el regreso a la vida precedente, sino la apertura a una nueva realidad, a una 'nueva tierra', la tierra prometida, el reino de Dios, la patria de la caridad.

Tomemos conciencia de lo que nos jugamos en esto. “El amor del prójimo... si entendiésemos lo que nos importa esta virtud, no traerías otro estudio.” (Santa Teresa de Jesús, Moradas del castillo interior, 5 M 3, 10)

Y evidentemente no estamos hablando de cualquier amor, sino con el que ama el Señor. El ‘como yo os he amado’ es la llave que nos da el acceso al encuentro con Cristo, a la experiencia de Dios.

Y ahora veamos nuestra realidad personal. Sinceramente, ese ‘como yo’, ¿está hecho para mí? ¿No sentimos nuestra impotencia ante el enorme reto? Es bueno que sintamos nuestra limitación y nuestra dependencia hacia Dios. Es bueno que reconozcamos la verdad de nuestra condición de creaturas. Ese ‘como yo os he amado’ es imposible para nosotros.

“Jesús los miró y les dijo: ‘Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.’” (Mc 10, 26-27)

Recordamos ahora cosas que vimos en el tema del LeMAC 2010 (punto 3), pero que no podemos pasar página. Hay que insistir en ello por la transcendencia que tiene para nuestra vida.

“El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen supera las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de la gracia: ‘Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo’ (Jn 1,17).” (Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 23b)

“Imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Se hace capaz de este amor sólo gracias a un don recibido.”(Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c)

¿Por qué? Porque “el amor procede de Dios.” (1 Jn 4,7) “El don de Cristo es su Espíritu, cuyo primer ‘fruto’ (Gál 5,22) es la caridad.” (Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c) “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

Necesitamos a Dios para poder amar. No aprendemos este tipo de amor solos o en la escuela de los hombres. El tipo de amor del que habla Jesús es un don de Dios; más aún, es Dios mismo que viene a habitar en nuestro corazón.

Santa Teresita de Lisieux es la gran maestra en este punto:

“Tú sabes bien que yo nunca podré amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí.” (S. Teresita de Lisieux; Ms C 12 vº)

“Hacer el bien es algo tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en plena noche.” (Teresita de Lisieux; Ms C, 22v).

“Para amarte como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor.” (S. Teresita de Lisieux; Ms C 35 rº)

En la comunión con Jesús, lo imposible se hace posible. En la medida en que pertenezcamos a Jesús, se realizarán en nosotros sus mismas cualidades.

“Toma a Dios por esposo y amigo, con quien te andes de continuo y sabrás amar.” (San Juan de la Cruz; Dichos de luz y amor, 67)

Aquí entra en juego la novedad del Nuevo Testamento y, por tanto, la cuestión sobre la ‘esencia del cristianismo’, es muy importante escuchar con especial atención. Este es el secreto del cristiano: el mandamiento nuevo, “amar como yo os he amado”, es decir, en amar hasta estar dispuestos a sacrificar la propia vida por el otro, no es una exigencia sino un regalo, un don. Es el Espíritu de Cristo el que lo hace realidad en nosotros. Es Cristo quien lo realiza en nosotros. El obrar de Jesús se convierte en el nuestro, porque Él mismo es quien actúa en nosotros.

Tanta tiene que ser la compenetración entre Cristo y yo, que San Agustín llega afirmar que “no somos cristianos, sino Cristo.” La comunión en la Eucaristía es la mejor imagen de esto. Todo esto es obra de Dios, experiencia suya. Cristo entra en nosotros mediante su Espíritu y nos transforma.

Lo volvemos a repetir por la enorme transcendencia que tiene para mi vida y para la de los demás: “el amor procede de Dios.” (1 Jn 4,7). “El don de Cristo es su Espíritu, cuyo primer ‘fruto’ (Gál 5,22) es la caridad.” (Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c) “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

Es el Espíritu Santo el que nos hace estar en comunión con Cristo. La inserción de nuestro yo en el suyo (“vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” Ga 2, 20) es lo que verdaderamente cuenta.

“¿Cómo sabemos que hemos recibido el Espíritu Santo? Hay que preguntárselo a nuestro corazón. Si amamos al prójimo, el Espíritu de Dios está en nosotros. Debemos ponernos a prueba delante de Dios para ver si en nosotros hay amor.

Si tienes amor fraterno, estate seguro. No puede haber caridad sin el Espíritu de Dios.” (San Agustín)

Dios “desvela” su presencia: él está ahí obrando, fundamentalmente “despertando el amor.” Fijaros cuanta conversión exige esto.

Es el momento de revisarme, sin prisas, y ver cómo anda mi relación con mi familia, con mi comunidad, con el movimiento, con la Iglesia, con la gente que lo está pasando peor. ¿Estoy sacrificando mi vida por ellos? ¿Estoy dispuesto a perder mi vida, mi tiempo, mi comodidad, mi dinero por ellos?

Hagámoslo en un ambiente de oración. Queda claro la importancia tan decisiva que juega el Espíritu Santo en mi vida. Pídeselo al Señor, una y otra vez (Lc 11, 13). El Espíritu Santo es el artífice de que Cristo viva en mí, actúe por mí.

Si ante todo lo que se ha dicho del Espíritu Santo no caemos de rodillas en adoración y admiración ante Él, ¿qué lo hará?

Fíjate en María que se puso en manos del Espíritu Santo. Recemos como ella: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.”

“Dame lo que mandas y manda lo que quieras.” (San Agustín, Confesiones X, 29, 40)

Por lo tanto, si el amor es un don de Dios (“el amor procede de Dios.” (1 Jn 4,7)), para poder amar necesitamos a Dios. “Nosotros amamos porque Dios nos amó primero” (1 Jn 4, 19).

Siempre necesitamos a Dios. Es la necesidad más real y urgente de nuestra vida. No podemos olvidarlo, porque sin amor no podemos vivir. Se puede malvivir, ir tirando, pero eso ni es vida ni es nada. Eso no es lo que Dios quiere para nosotros. Él quiere que tengamos “vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10). Para el ser humano “la vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente.” (Juan Pablo II; Redemptor hominis, 10)

Sin amor somos unos desgraciados. De ahí que Cristo sea nuestro Salvador, el que nos saca de esa situación de muerte que es el egoísmo, el odio, las rencillas, los malos entendidos,...

Por eso el mandamiento del Señor es don, es regalo que nos salva. “La nueva ley es la misma gracia del Espíritu Santo.” (Santo Tomás de Aquino)

Ser cristiano es ante todo un don, pero que luego se desarrolla en la dinámica del vivir y poner en práctica este don.

De ahí la necesidad de orar diariamente, de pedirle al Señor que nos enseñe amar. El amor procede de Dios, y a Él hay que pedirselo, hay que mendigarlo, hay que ser perseverantes como la viuda que pedía justicia.

“Pedid a nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad haced a su Majestad; que él os dará más que sepáis desear como vosotras os esforcéis y procuréis.” (S. Teresa de Jesús; Las moradas del castillo interior; 5 M 3,12)

En esto tenemos que ser muy responsables. Somos totalmente dependientes de Dios. Sólo poniendo a Cristo en el centro de la existencia personal es posible vivir el amor auténtico y donarlo a los demás: “El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada”, nos recuerda Jesús (Jn 15, 5).”

Y esto se consigue a base de intimidad con el Señor, con su Palabra, con su voluntad.

Y con la oración verdadera llega la conversión. Para amar ‘como yo os he amado’ necesitamos convertirnos al Señor continuamente, sin bajar la guardia. “Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga.” (Mc 8, 34)

“A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado, y deja tu condición.” (San Juan de la Cruz, Dichos de luz y amor, 59)

Esto significa conversión permanente.

Por eso, para ser cristiano, para manifestar a Dios con mi vida, siempre tengo que estar en reforma, “en obra”, porque la casa de mi existencia nunca está finalizada. Nuestra vida es un

proyecto que nunca está ni finalizado ni acabado, porque “el amor nunca se da por ‘concluido’ y completado.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 17)

Cristiano es el que se encuentra con Cristo, y para encontrarse hoy con Jesús necesito amar como él, tener esa experiencia de vida. Está claro que me la juego en la caridad. Y no puede ser de otra manera, ya que, “Dios es amor” (1 Jn 4, 8).

Y ese amor de Dios se ha hecho realidad en una persona concreta: Jesús de Nazaret. “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo.” (Jn 3, 14)

“El mal vive de mil formas;... El amor sólo tiene una forma: es tu Hijo.”(Reinhold Schneider)

Por lo tanto, ¿qué significa ver a Dios? Significa practicar la caridad, porque sólo el amor hace presente a Dios.

“Ves la Trinidad si ves el amor.” (S. Agustín)

“Tú que aún no ves a Dios, amando al prójimo podrás verlo. Amando a tu prójimo purificas tus ojos y así podrás ver a Dios. Ama a tu prójimo y mira dentro de ti la fuente de este amor.” (San Agustín)

“La experiencia cristiana de Dios se encarnará, sobre todo, en una determinada forma de vivir que reproduce la forma de vivir que Jesús ha instaurado como realización del Reino de Dios. Y como lo esencial de la forma de vida de Jesús se resume en su ser para los demás manifestado en el amor y en el servicio, la experiencia cristiana de Dios tendrá su manifestación más auténtica en el servicio y el amor a los hermanos.

Por eso cuando Jesús quiere enseñarnos cómo reconocer su presencia, la presencia de Dios en él, nos remitirá a la escucha de la Palabra, al cumplimiento de su voluntad y la atención a los más necesitados: ‘tuve hambre y me distéis de comer...’

Jesucristo, sacramento de Dios, se prolonga así en el sacramento del hermano como lugar privilegiado para el encuentro con él y en él con Dios.”

(La experiencia cristiana de Dios; Juan Martín Velasco; pág: 84)

“La verdadera amistad con Jesús se expresa en la forma de vivir: se expresa con la bondad del corazón, con la humildad, la mansedumbre y la misericordia, el amor por la justicia y la verdad, el empeño sincero y honesto por la paz y la reconciliación. Éste, podríamos decir, es el ‘documento de identidad’, que nos cualifica como sus auténticos ‘amigos’; éste es el ‘pasaporte’ que nos permitirá entrar en la vida eterna.”

(Benedicto XVI, ángelus, 26-8-07)

“El amor tiene sus destellos y es el mayor signo que podemos dar a un mundo en el que se instala la increencia. El amor es ya signo de la presencia de Dios. Con ese solo gesto basta. No son necesarios más signos. La gente suele pedirlos, está hambrienta de signos extravagantes que doblen el curso de la naturaleza. El signo de la presencia de Dios es la conversión diaria, el amor hecho carne en los más pobres, los gestos sencillos en nuestro quehacer diario, la alegría, la entrega. No hay más signo que el talante cristiano en la oficina, en el aula, en la familia, con los amigos, en el grupo, en cualquier momento y circunstancia. El mejor signo que podemos dar a esta sociedad que pide que le demostremos la existencia de Dios como fuente de nuestra felicidad es el de una vida entregada, atenta a los necesitados y siempre vivida en honestidad y responsabilidad. Éste es el signo que moverá a la conversión.” (Evangelio 2011; Ed. San pablo; comentario al día 16-03-2011)

“No hay mayor invitación a amar que adelantarse en el amor.’ ¡Así nos ha enseñado Dios a amar!” (S. Agustín)

El amor es la esencia y la verdad de la vida. Todo pasa, incluso la fe y la esperanza, pero no el amor. Sí, lo único que cuenta en la vida es el amor; lo único que permanece de todo lo que hemos dicho y hecho, pensado y programado, es el amor. Y el amor siempre es grande; aunque se manifieste en gestos pequeños como un vaso de agua, un pedazo de pan, una visita, una palabra de consuelo, una mano que se estrecha. El amor es grande porque es un destello de Dios que ilumina y salva la tierra.

Ahora lo que toca hacer es perseverar en el amor. “No nos cansemos de hacer el bien, porque la cosecha llegará a su tiempo si no desfallecemos” (Gal 6, 9).

A lo largo del tema hemos utilizado muchos verbos: encontrar, ver, tocar, escuchar, seguir, entender, amar,... Pongamos todas estas cosas en manos de nuestra Madre, la virgen María, y aprendamos de ella, que estuvo a disposición de Dios y así el “Verbo se hizo carne.” (Jn 1, 14)

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

“La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros.” (Jn 13, 35)

“Lo he dicho todo... Sólo cuenta el amor.” (Santa Teresita de Lisieux; Últimas palabras)

“Ha sido sobre todo la práctica del amor la que ha impreso una marca de fuego en los ojos de los paganos: ‘Mirad cómo se aman’, dicen (mientras que aquellos se odian entre ellos), ‘y cómo están dispuestos a dar la vida unos por otros’ (mientras que aquellos prefieren matarse entre sí).” (Tertuliano)

“El amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también ‘el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno.” (Isaac de Stella)

Oración a nuestra Madre, María Auxiliadora:

¡Madre nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos!

Si, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte,
aunque la flaqueza nos ablande,
aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie,
aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos, aunque vinieran al suelo nuestras obras y
tuviéramos que empezar de nuevo...

¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre,
con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos,
y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario,

ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado Dios.

¡Nada de volver la cara atrás!,
¡Nada de cruzarse de brazos!,
¡Nada de estériles lamentos!

Mientras nos quede una gota de sangre que derramar,
unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar,
una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón,
un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies,
que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti
y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos...

¡Madre mía, por última vez! ¡Morir antes que cansarnos!

(Bto. Manuel González)

6.- “Permaneced unidos a mí.” (Jn 15, 4)

¿Qué nos da Jesucristo?

Nos dice el Señor: “Si conocieras el don de Dios...” (Jn 4, 10) no preguntarías eso, sino que serías tu quien me pediría a mí el agua viva.

“Quien beba esta agua viva nunca más tendrá sed.” (Jn 4, 10)

Cristo nos ofrece aquí la felicidad auténtica, la vida verdadera.

“El Padre tiene el poder de dar la vida, y ha dado al Hijo ese mismo poder.” (Jn 5, 26)

Y como vimos al principio del tema (punto 2), esa agua viva que apaga la sed, es Dios, es el Espíritu Santo.

Por lo tanto Jesús nos da a Dios, nuestra verdadera felicidad. Sólo Dios nos hace feliz.

Es más, en Jesús, Dios se ha hecho hombre.

Jesús es Dios y hombre. Él nos muestra quién es Dios y quién es el hombre.

Cristo nos da la vida verdadera. Hoy día nos ofrecen miles de ofertas, de caminos, de modos de vivir la vida, pero una sola es la verdadera: la de Jesús de Nazaret, la del amor hecho realidad.

“El Amor es el que da la vida.” (Benedicto XVI, 13-05-2007)

Jesús es el camino de la vida auténtica, la que está centrada en la caridad.

Cristo no ha venido para “ir tirando”, sino para que tengamos “vida y vida en abundancia.” (Jn 10, 10)

“¿A dónde iríamos Señor? Sólo tú tienes palabras de vida eterna.” (Jn 6, 68) La expresión “vida eterna” no significa la vida que viene después de la muerte. “Vida eterna” significa la vida misma, la vida verdadera.

¿Tú quieres que tu vida de fe, tu vida como cristiano tenga futuro? Pues fundamenta la vida en Cristo, en el evangelio. Pon bases sólidas, pon buenos cimientos.

¿Sobre qué se fundamenta mi vida?

“Que cada cual mire cómo construye. Desde luego, nadie puede poner un cimiento distinto del que ya está puesto, y este cimiento es Jesucristo.” (1 Cor 3, 11)

¿Y tan importante es tener una buena base, unos buenos cimientos?

No hace falta ser arquitecto o albañil para saber lo importante que es esto. La vida a veces nos golpea, llegan momentos difíciles, de confusión, de cambios, etc, y pueden hacer que la casa de nuestra existencia, de nuestra vida, la de nuestra familia, la de nuestra comunidad, centros, se tambalee, aparezcan grietas, amenace ruina, se derrumbe.

Cristo nos sale al paso y nos dice claramente donde está la clave para no hundirse:

“El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, es como aquel hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca. Sin embargo, el que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica, es como aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, se abatieron sobre la casa y esta se derrumbó. Y su ruina fue grande.” (Mt 7, 24-27)

Cristo nos da la luz para que mi vida no amenace ruina, desgracia. Vendrá los malos momentos, pero el Señor nos da la clave para poder afrontarlo de la forma más “sensata”.

¿Me tomo en serio y con responsabilidad la Palabra de Dios, el evangelio? ¿Soy sensato o necio? ¿Me ayuda todo esto a tomar conciencia de la importancia para mí, y para los demás, de cuidar mi vida de fe?

“Y nosotros, ¿sobre qué queremos construir nuestra vida? ¿Quién puede responder verdaderamente a la inquietud de nuestro corazón? ¡Cristo es la roca de nuestra vida! Él es la Palabra eterna y definitiva que no hace temer ningún tipo de adversidad, de dificultad, de molestia.”

(Benedicto XVI, Ángelus, 6-03-2011)

Y esto que decimos para nosotros es aplicable a toda la sociedad. Se vuelve siempre al concepto evangélico de la necesidad de construir nuestra casa, que representa en pequeño la sociedad, sobre los cimientos sólidos del amor verdadero, que es el amor de Dios. De lo contrario, las estructuras (lo dice el Señor mismo) no se mantienen en pie.

Si la sociedad ha de sobrevivir a los vientos, las lluvias y las tormentas de la vida, debe construir sus estructuras en la roca firme del amor auténtico

“Si todas las cosas «se mantienen» en aquel que es «anterior a todo» (Col 1,17), quien construye la propia vida sobre su Palabra edifica verdaderamente de manera sólida y duradera. La Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo. De esto tenemos especial necesidad en nuestros días, en los que muchas cosas en las que se confía para construir la vida, en las que se siente la tentación de poner la propia esperanza, se demuestran efímeras.

Antes o después, el tener, el placer y el poder se manifiestan incapaces de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. En efecto, necesita construir su propia vida sobre cimientos sólidos, que permanezcan incluso cuando las certezas humanas se debilitan. En realidad, puesto que «tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo» y la fidelidad del Señor dura «de generación en generación» (*Sal* 119,89-90), quien construye sobre esta palabra edifica la casa de la propia vida sobre roca (cf. *Mt* 7,24). Que nuestro corazón diga cada día a Dios: «Tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu palabra» (*Sal* 119,114) y, como san Pedro, actuemos cada día confiando en el Señor Jesús: «Por tu palabra, echaré las redes» (*Lc* 5,5).”

(Benedicto XVI; *Verbum Domini*, 10)

¿De quién te puedes fiar en esta vida? Sólo de Cristo. Él es el único que no defrauda. (*Rom* 10, 11)

Todo lo que tenga que ver con el Evangelio permanecerá, seguirá adelante, porque “cielo y tierra pasarán pero mis palabras no pasarán” (*Lc* 31, 33). Y lo que no tenga que ver con el evangelio no perdurará. (*Hch.* 5, 38-39; *1 Jn* 2, 17)

Dejémonos de modas pasajeras, de hipótesis y cosas raras. Volvamos a la lucidez del Evangelio.

¿Qué toca hacer ahora? Hay que perseverar en la caridad. Esto se consigue, como hemos visto en el punto anterior, en comunión con Cristo.

“El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada... Permaneced en mi amor. Pero sólo permaneceréis en mi amor, si obedecéis mis mandamientos... Os he dicho esto para que participéis en mi alegría, y vuestra alegría sea completa.” (*Jn* 15, 5.10-11)

Sólo permaneceréis en mi amor, si obedecéis mis mandamientos...: “Construir la vida sobre Cristo, acogiendo con alegría la palabra y poniendo en práctica la doctrina: ¡he aquí, jóvenes del tercer milenio, cuál debe ser vuestro programa!” (Benedicto XVI; Mensaje a los jóvenes en la XXI Jornada Mundial de la Juventud, 6-04-2006)

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

“Cristo lo es todo para nosotros.

Si quieres curar una herida, él es el médico;

si estás ardiendo de fiebre, él es la fuente;

si estás oprimido por la injusticia, él es la justicia;

si tienes necesidad de ayuda, él es la fuerza;

si tienes miedo a la muerte, él es la vida;

si deseas el cielo, él es el camino;

si estás en las tinieblas, él es la luz.

Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bienaventurado el hombre que espera en él.”

(San Ambrosio de Milán)

7.- Cuéntales a todos lo que el Señor ha hecho contigo.

Cuéntales a todos cómo Jesús ilumina tu vida.

Cuéntales cómo sus palabras te queman por dentro.

Cuéntales a todos cómo Cristo es el único que satisface por completo tus aspiraciones más profundas. Diles que sólo Él llena de verdad.

Cuéntales que no has encontrado nada que se le pueda comparar.

Cuéntales a todos cómo en el Señor has encontrado la verdad, el sentido de todo.

Cuéntales a todos que conociendo a Jesús 'has triunfao', que es lo más valioso que tienes en la vida.

Cuéntales a todos que el amor que te ha enseñado y te ha dado Cristo es el verdadero, el que da plenitud a la vida, el que te proporciona una alegría como ninguna otra realidad puede hacerlo.

Cuéntales a todos lo que ocurre en tu corazón cuando está en sintonía con Dios.

Cuéntales a todos lo que se siente cuando se ama al que está al lado, tal y como lo hace el Señor.

Cuéntales a todos lo que el Señor... (sigue tú).